

## Un negativo poético de la novela negra

NICOLÁS MIÑAMBRES

Todos los comentaristas de la obra de Alfons Cervera coinciden en la maestría estilística de su obra. Y especialmente en el tono poético de la misma. Tal peculiaridad estilística alcanza su cima de momento en *La lentitud del espía*, sesenta páginas en las que Alfons Cervera convierte casi en un largo poema una escena de novela negra. La condición poética de la forma hace que la trama quede reducida a un mero pretexto para la exhibición literaria. A pesar de que existe una larga espera y la consumación de un crimen premeditado, el personaje que camina por las calles de una ciudad desconocida es el reverso de los tipos que protagonizan novelas de la serie negra. Sólo el sombrero con el que se toca lo convierte en un teórico espía. Teórico porque su personalidad y forma de actuar resultan elementos iconoclastas respecto a los tópicos del género. Y especialmente



**LA LENTITUD DEL ESPÍA**  
ALFONS CERVERA.  
ED. MONTESINOS,  
BARCELONA, 2007.  
62 PP.

porque su caminar es un vagar casi desorientado por una ciudad cuyos perfiles se disipan en la lluvia: «Pero el tiempo no existe para él, ni las preguntas, ni el frío de la lluvia en su gabardina de invierno». Por ello, la complejidad de la trama habitual no existe en estas páginas. Y el estilo lacónico, desnudo, de la novela negra presenta aquí una forma sinuosa, envolvente, de llamativos recursos retóricos, no exentos de ciertos toques surrealistas. Frente al argumento complejo del género, *La lentitud del espía* se reduce casi a una escena decisiva, extensa, en la que, más que lo que el espía va a

hacer, importa su pasado: «Sólo la memoria concede al espía el don del movimiento». De ese pasado surgen los temores de un futuro inmediato, ante el que se muestra inerme y solo.

Tampoco existe una onomástica concreta. Sólo «el espía», que camina a cumplir el mensaje críptico que guarda en su agenda —«Los

cinco sentidos»—, el recuerdo de algunos amores y la presencia expectante de «una mujer que se enamora en los balcones». Al final de la obra el lector piensa que ha asistido al deambular sin rumbo de un espía psicológico, romántico, que camina rompiendo los lugares comunes del género, mientras lucha contra sus obsesiones. La muerte ocurrida al final de la obra queda dignificada con un gesto de amor: «una mujer se acercó al cadáver, le pasó una mano de cuatro dedos por los labios y se quedó mirando fijamente una nube que pasaba por lo alto» (p.58). En el epílogo de la obra (un bloque más de los anteriores, presentado con el epígrafe «Del diario secreto del espía») apunta una hipótesis: «Ahora ya es tarde para casi todo. Sólo tienes la sonrisa que demuestra la traición (...). Tu muerte es la versión última del desamparo en que tantas veces se sume la memoria...» (p.59).

Pocas veces un escritor consigue en sesenta páginas un texto tan deslumbrante, en el que la refinada escritura absorbe y reduce a un segundo plano un tópico de las novelas del género negro.